

que usufructúa el protagonista en su discurso, donde el desamparo, la crueldad y la pérdida se entremezclan con la humorada, el chiste y las bromas que salpican su decir gauchesco, permiten repensar diferentes aspectos del poema de Hernández, desde una óptica que atenúa la ubicación victimizada del héroe. La grotesca convivencia de la metafísica y la ordinariez en la payada final con el moreno, los caricaturescos ruegos de acompañamiento en las generosas desgracias de la vida o las bravuconadas hiperbólicas que sobreexcitan la palabra ubican al personaje en el privilegiado papel del comediante simulador, que termina “haciéndose el bufón” (p. 135) mientras nos cuenta su historia, envalentonado por el convencimiento del innegable poder de convocatoria y persuasión de su propia voz.

Aporte relevante en la numerosa, y siempre viva, bibliografía existente sobre la gauchesca rioplatense, este reciente ensayo de Leónidas Lamborghini conjuga la virtud de atreverse a decir algo original –y conseguirlo–, mientras revisa obras con una tradición crítica tan vasta, con el encanto de un texto escrito desde el afán por garantizar una experiencia amena durante su lectura. A lo largo de este recorrido, adquirimos confianza ante las referencias conocidas, ya naturalizadas, y nos admiramos por la insospechada novedad, que parece haber estado desde siempre ante nuestros ojos, y que sólo ahora esta oportuna relectura, este nuevo cuento del versero de Lamborghini, nos permite incorporar.

CARLOS HERNÁN SOSA

Universidad Nacional de Salta, Argentina

BERNARDO CLARIANA, *Poesía completa*. Ed., est. introd. y notas de Manuel Aznar Soler y Victoria María Sueiro. Diputació de València-Institució “Alfons el Magnànim”, València, 2005; 318 pp. (*Biblioteca D'Autors Valencians*, 49).

Hasta la aparición del presente volumen era muy poco lo que se sabía del poeta valenciano Bernardo Clariana (1912-1962). Si bien su firma empezó a figurar en revistas y periódicos editados en España en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil (en *Murta*, de Valencia, por ejemplo, o en *El Sol*, de Madrid), como también, y con mayor resonancia, en revistas promovidas por los republicanos durante la guerra civil (sea en *Hora de España*, *Nueva Cultura*, o *Granada de las Letras y las Armas*), la verdad es que hasta fechas más o menos recientes los estudiosos de la época no se han molestado en localizar y examinar las primicias de un joven poeta de promesa, y mucho menos

en investigar qué podría haber sido de él una vez que la victoria de Franco lo obligara a tomar el camino del exilio. En ese sentido ha corrido con la misma suerte que otros escritores, como Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo o Lorenzo Varela, quienes, por haber escrito la mayor parte de su obra no en España sino en el exilio, hasta hace poco han quedado borrados de la historia de la literatura española.

El rescate de la *Poesía completa* de Clariana lo debemos a los esfuerzos de Victoria María Sueiro, profesora de la Universidad Pedagógica Conrado Benítez García, de Cienfuegos, Cuba, y a Manuel Aznar Soler, catedrático de la Universitat Autònoma de Barcelona y director del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), que tanto ha hecho por recuperar el legado del exilio republicano. En su bien documentada Introducción, los dos investigadores trazan la historia del hijo de un eminente farmacéutico valenciano, que, ferviente lector de Antonio Machado, se licenció en Filología Clásica, empezó a dar clases como catedrático de latín en el Instituto de Enseñanza Media de Irún (Guipúzcoa), para luego entrar a trabajar en la Sección de Filología Clásica del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Estos trabajos se interrumpieron al estallar la guerra civil en julio de 1936. Miembro de l'Aliança d'Intellectuals per a Defensa de la Cultura (AICD) de Valencia, en los primeros meses de la guerra Clariana participó en diversas actividades de agitación y propaganda. A partir de enero de 1937, trabajos suyos empezaron a publicarse en *Hora de España* y también en el *Romancero general de la guerra civil*, coordinado por Emilio Prados. Ya en el verano de 1938, junto con otros promotores de *Hora de España* como Manuel Altolaguirre, Juan Gil Albert y Ramón Gaya, Clariana colaboró en *Granada de las Letras y las Armas*, hoja literaria del XI Cuerpo del Ejército del Este, al que ya para entonces parece haberse incorporado como soldado.

Tras la derrota de los ejércitos republicanos, Clariana fue internado en el campo de concentración de Saint-Cyprien; luego, según el testimonio de María Zambrano, “ya semilibre en tierras de Francia, fue vendimiador, albañil y no sé cuántos otros oficios más”¹. A principios de 1940, salió de Francia en un barco de carga, rumbo a América. En el verano del mismo año, tras una breve estancia en la República Dominicana, se instaló en La Habana, concretamente en casa de otros dos exiliados, Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. Respaldado por la amistad de este matrimonio de poetas e impresores, Clariana publicó poemas y ensayos en *Nuestra España*, colaboró con Altolaguirre en la preparación de una antología de *Poesía popular española* (1941), y también compartió con el malagueño la traducción

¹ P. 27. La cita, del estudio introductorio de M. Aznar y V.M. Sueiro. En adelante, me refiero a este texto por número de página entre paréntesis.

de *Juan sin tierra* (1941), un extenso poema del poeta franco-alemán Yvan Goll. Retomando su trabajo como latinista, también publicó una traducción anotada de *Los epitalamios* de Catulo (1941). Colaboró en varias revistas de la isla como *Mirador Literario*, *Grafos* y *Nadie Parecía*, mientras que para ganarse la vida emprendió la traducción de obras científicas sobre el tratamiento de enfermedades nerviosas.

En octubre de 1942, una invitación a ocupar un puesto de profesor de literatura española sacó, de repente, a Clariana del calor de La Habana para luego depositarlo en las neblinas otoñales de Nueva Inglaterra. Este puesto duró poco, dado que Clariana no tardó en encontrar otro trabajo que le atraía más: el de traductor al español de películas americanas. Con motivo de esta ocupación nueva se instaló en Nueva York, que sería su lugar de residencia hasta su muerte. En su tiempo libre retomó sus propios proyectos literarios. “Se dedica a traducir a Catulo, a Tibulo y Ausonio”, escribió Pedro Salinas a Jorge Guillén (exiliado, como Salinas, en Nueva Inglaterra), “y lo hace muy bien. Me leyó algunas traducciones de Ausonio, preciosas. Y él hace versos, también, y no malos. Tiene un librito completo desigual, pero interesante” (p. 35). El libro, el primer poemario suyo, se titulaba *Ardiente desnacer*; encabezado por un prólogo de María Zambrano, se publicó en La Habana en 1943. Siguió poco después la publicación en edición bilingüe de dos *plaquettes*: *Ardentissima cura* (1944) y *Rendez-vous with Spain* (1946), ambas provistas de una versión inglesa debida al escritor norteamericano Dudley Fitts.

A partir de este momento escasean los datos biográficos que nos ofrecen Aznar y Sueiro en su Introducción. Se sabe que Clariana viajó a Europa en 1948 para reunirse en Francia con familiares suyos. En 1952, y en Madrid, el poeta dio a conocer *Arco ciego*: un poemario con un poema-prólogo de Jorge Guillén, que, más que una colección completamente inédita, ofrecía una selección de versos nuevos al lado de otros ya dados a conocer en *Ardiente desnacer*. En su bien nutrida bibliografía de la obra de Clariana, los editores registran, para la década de los años cincuenta, la publicación de una carta al editor de *The New York Times* (8 de noviembre de 1953); una traducción en verso de *Odio y amo. Los poemas a Lesbia y a Juvencio*, de Catulo (1954), y un poema suelto, “La noche de los negros” (*Ciclón*, La Habana, 1956). Después de esta última publicación sólo hay silencio... y versiones contradictorias sobre la muerte del poeta. Según Vicente Llorens, que coincidió con él en Santo Domingo, Clariana “murió ahogado en una playa de Francia en 1962” (p. 13). Sin embargo, Max Aub, en su *Manual de historia de la literatura española*, nos habla de “su absurda muerte”, que fecha en 1957, sin ofrecer mayor aclaración sobre las circunstancias en que esta muerte se produjo (*id.*).

Los editores de este volumen han hecho un esfuerzo meritorio por trazar los hitos más decisivos de la carrera de Clariana, pero su

notable aportación consiste también, y sobre todo, en reunir por primera vez la obra poética completa del autor. No se trata de una edición crítica. Sin embargo, Aznar y Sueiro han tomado la decisión, muy sensata, de reproducir íntegramente los dos libros principales, *Ardiente desnacery Arco ciego*, aun cuando varios de los poemas del primero se reproducen también en el segundo. Además de recoger las dos *plaquettes*, *Ardentissima cura* y *Rendez-vous with Spain* (ambas verdaderas rarezas bibliográficas), también reúnen una larga serie de poemas sueltos, que van desde la primera composición del jovencísimo poeta en ciernes, “Los locos” (1931), hasta la última publicación suya registrada, “La noche de los negros” (1956).

De esta forma, el panorama literario español de posguerra se ensancha para dar cabida a un poeta que, si bien no resulta ser de primerísima línea, sí aporta una voz auténtica, de filiación notoriamente elegíaca. A mi juicio, sus mejores versos son aquellos en que se entrega con fuerza (aunque, a la vez, con evidente ironía) a toda la desolación que le produjo la experiencia del destierro. Y es que pocos españoles parecen haber vivido el exilio con menos esperanzas que Clariana. O en todo caso, pocos expresaron dicha experiencia con mayor amargura. “Si ya no queda a hacer nada”, escribe por ejemplo, “Y no se tienen fuerzas ni para proferir un grito / Y han fallecido todos los abrazos / Y lo mismo da primavera o verano, / Lluvias o soles / Para pasear esta ropa tendida / Entre brazos colgantes, / Entonces sólo se pide un hombro antiguo / Donde arrimar un rato la cabeza. / Es como una venganza contra la vida / Pedir a sollozos / Tu hombro naufragado entre la muerte / O empeñarse en ser objeto / De compasión más bien / Que de un amor reciente pidiendo de nosotros / Entusiasmos activos / Por completo imposibles” (p. 97).

Aznar y Sueiro insisten, y con razón, en resaltar la importancia de los hermosos poemas de amor, inspirados por la valenciana Gabriela Abad Miró, por la francesa Simone Thalamas, o por una chilena cuyo nombre se desconoce. Es cierto, el amor le ofrece un consuelo importante; pero me parece que es sólo porque la desolación del poeta llega a ser tan aguda que estas ocasionales expresiones de fe en la humanidad destacan con tanta fuerza. Por otra parte, cabe agregar que el propio poeta se entera muy pronto de la muerte de Gabriela en su exilio mexicano, de modo que su recuerdo llega a asociarse también con la larga lista de realidades risueñas que la historia se ha encargado de borrar del horizonte para siempre. Asimismo, si bien es cierto que en algunos de sus últimos poemas Clariana se siente tentado a buscar consuelo en el amor, ya no humano, sino divino, sus versos más característicos dan expresión, al contrario, a un desencanto radical: con la política, con los seres humanos, con el mundo. El lector que quiera conocer la cara sombría del exilio, encontrará en esta poesía mucha materia para reflexión.

Nuestro reconocimiento, en fin, a Aznar y Sueiro por este importante rescate. Ojalá y no tarden en reunir también la obra crítica y ensayística del mismo autor. En 2004, en una iniciativa paralela a la presente, Aznar publicó unas dieciocho cartas de Clariana a Rafael Dieste, Juan Gil-Albert, José Lezama Lima, Vicente Llorens, José Rubia Barcia, Pedro Salinas y María Zambrano, que dan una excelente idea del calibre de su pensamiento². Y seguramente en los ensayos registrados por Aznar y Sueiro en su bibliografía (por ejemplo, sobre Garcilaso, Alberti, Prados, Nicolás Guillén, Ortega, Neruda, Machado y Unamuno), Clariana también tendrá cosas de mucho interés que decirnos.

JAMES VALENDER
El Colegio de México

RAFAEL ALARCÓN SIERRA, *Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2007.

La historiografía literaria del siglo xx, aún hoy convaleciente de varias heridas, no ha sido muy justa con los autores de la llamada “generación del 36”. Su evocación carece del brillo insolente de sus predecesores del 27 y de la promesa de comenzar de nuevo que se asocia a los del 50. El infausto recuerdo de la fecha a la que se recurre para nombrarlos parece provocar que nadie desee hacerlo muy a menudo. Esto ha perjudicado a todos los poetas atrapados bajo ese marbete, pero de manera muy especial a Luis Felipe Vivanco. Así lo nota en las primeras páginas de su –digámoslo ya– excelente estudio Rafael Alarcón Sierra: mientras que autores como Leopoldo Panero, Luis Rosales o Dionisio Ridruejo han sido estudiados individualmente, y de este modo “rescatados” en lo posible del cajón de olvido de la “generación del 36”, Luis Felipe Vivanco ha permanecido en él, a pesar de que su poesía es tan interesante o más que la de los dos anteriores, y de que en su labor crítica demuestra inteligencia y sensibilidad para comprender el arte y la literatura.

Alarcón Sierra analiza las causas de esta postergación singular, con perspicacia y sin parcialidad: la postura política de “republicano católico de izquierdas” llevó a Vivanco primero a la Falange, después al recelo del franquismo y luego al rechazo de éste y su camarilla –en especial, contra el Opus Dei–, lo que venía a ser la manera menos oportunista y más difícil de ser un español moderado y católico en la posguerra. Como, además, prefirió vivir su incomodidad de modo

² Véase el anuario *Laberintos*, Valencia, 2004, núm. 3, 219-238.